

Josep Capsir
**LA HERENCIA
DE JERUSALÉN**

El libro que El Vaticano quiso destruir

Dios encomendó resguardar los tesoros del Templo de Salomón a los Levitas y estos así lo hicieron. Cuenta la historia, que los descendientes de Leví desaparecieron seis siglos antes del nacimiento de Cristo. ¿Realmente fue así? ¿Desaparecieron? ¿Dónde están los tesoros?

Año 2005: Un antiguo libro escrito en hebreo mostrará la verdad y los tesoros podrían ver la luz. La misión de la congregación más antigua de la humanidad aún no ha terminado.

Hugo Di Bella, un estudiante de historia, posee un antiguo ejemplar de un libro hebreo en su biblioteca familiar. Este libro, redactado en el periodo de los incunables, fue rescatado antes de ser destruido por el sumo poder pontífice. Una llamada de su profesor, Daniel Malluck, Doctorado en historia antigua, origina que este conozca la existencia del incunable. Movidado por el interés histórico de un ejemplar único y la curiosidad, Malluck se reunirá con su alumno e invitará a un buen amigo, el filólogo Lucio Servade para poder traducir del hebreo los misterios que esconde el misterioso libro.

Para mis hijos, Pol y Carol, los verdaderos motores de mi vida, los que me enseñaron el significado de la palabra «querer». Para Silvia, por su apoyo y entusiasmo incondicional en mi trabajo y para alguien muy especial, alguien que ya no podrá leer esta novela. Va por ti, «Jefe».

PRÓLOGO

La condición humana, la creación del Universo y los secretos que se ocultan en torno al mundo que conocemos serán siempre un misterio. Profetas, historiadores, humanistas, filósofos, científicos y órdenes religiosas han aportado durante los últimos siglos, diferentes teorías acerca del porqué, del cómo, del cuándo e incluso del quién.

Según la ciencia, la creación del Universo y de la vida en el mundo que conocemos parece fruto de un cúmulo de casualidades, de unas condiciones químicas idóneas y de una temperatura determinada. Por el contrario, si nos regimos por las herencias religiosas existe un ser supremo, un creador, o cómo cada uno de ellas lo quiera definir.

Nunca hay que darle la espalda a la ciencia, porque sin ella tampoco se habría escrito la historia, pero si nos centramos en las doctrinas religiosas, ya sean monoteístas o politeístas, prácticamente todas las más importantes parten desde el mismo origen. Islámicos, Budistas, Hinduistas, Judíos, Cristianos y los seguidores de la religión tradicional china, para nombrar a las que ostentan más adeptos, se han enfrentado durante años en cruentas guerras cuando el fondo de sus escrituras prácticamente tiene el mismo origen, y solamente la deformación cultural y las leyes de sus mandatarios han ido variando sus dogmas y sus reglas del juego.

Un ser sobrenatural, poderoso, concebido como sagrado y de obligatoria gratitud y oración, parece ser el punto

de partida de las religiones que nos acompañan y el punto de partida del Universo, o como mínimo de la Humanidad.

Ya en la prehistoria, los primeros pseudohumanos nos dejaron símbolos religiosos de respeto, seguimiento y temor a seres superiores. Más tarde, y coincidiendo con la aparición de las primeras escrituras y el afán del hombre por conservarlas y por darles veracidad en sus contenidos, las creencias religiosas han forjado las culturas de miles de civilizaciones convirtiéndolas en el «opio del pueblo» como dijo en su día Karl Marx.

En los últimos siglos, y producto de la necesidad de los hombres en conocer sus orígenes, de encontrarse con la verdad y sobre todo, el afán de adoctrinar los comportamientos de las sociedades ha provocado que cada una de las religiones tuviera un libro sagrado en el que se recogen los usos y maneras de sus dogmas de fe, así como su particular historia de la creación.

En la vieja Europa y Oriente Medio, diferentes corrientes religiosas, y me refiero al Judaísmo, al Cristianismo y el Islam, parecen coincidir en la existencia de diez mandamientos que Yahvé escribió con su dedo y transmitió al pueblo israelita a través de Moisés.

Estas Tablas de la Ley, que únicamente es un pasaje más de la historia o simplemente un capítulo más de los libros sagrados, se han convertido en uno de los iconos con los que se ha pretendido dar veracidad a la existencia de un ser superior. Encontrar estas Sagradas Escrituras puede significar la demostración de la existencia de una divinidad creadora. Y si esto es así, ¿por qué hay alguien que no quiere que salgan a la luz pública? ¿Qué otras verdades siguen ocultas a los ojos de la humanidad? ¿Cómo cambiaría el mundo si todos esos secretos tan bien guardados algún día salieran a la luz? ¿Cambiarían nuestros hábitos? ¿Cambiarían nuestras creencias? ¿Existen pruebas físicas de que lo que recogen los libros sagrados existió? Es posible que no sea conveniente que conozcamos la verdad.

CAPÍTULO I

23 de enero de 2005

El Profesor Malluck había nacido a mediados del siglo XX, en la Roma de Mussolini, en el seno de una familia judía adinerada, aunque él se había apartado desde hacía muchos años de los círculos judíos y se negaba a seguir cualquier tipo de dogma. Doctorado en Historia Antigua, era autor de diversos libros sobre las Cruzadas Santas, aunque sus mejores obras trataban sobre la evolución de la cultura hebrea tras el éxodo. Su escaso pelo blanco solía camuflar su severa calvicie, la cual disimulaba peinándose con poca gracia de un lado a otro de su cabeza. Su nariz afilada y sus ojos marchitos se ocultaban tras sus enormes gafas, que por su graduación, sobredimensionaban el tamaño real de estos, de manera que entre sus alumnos era conocido con el sobrenombre de «El búho». Malluck era un ser solitario y despistado, enemigo de las multitudes y solía tener dificultades de socialización con su entorno por su carácter especial. Gran parte de la acritud de su carácter se debía a una frustración que acarrea desde que con veinticinco años, un grave accidente en Sapporo en 1972 truncó su carrera profesional como esquiador, justo dos días antes de empezar su participación olímpica. Fue operado en cuatro ocasiones de su rodilla derecha, pero pese a los esfuerzos de los galenos de la Federación Italiana de esquí, jamás volvió a poder competir y la cojera empezó a formar parte de su vida cotidiana.

Aquel día de enero, Malluck permanecía sentado ante el monitor de su ordenador leyendo con atención la tesis de Hugo Di Bella, uno de los alumnos de la Universidad de Roma a quien había impartido clases de historia clásica en el último curso. Era un buen trabajo de investigación histórica en torno al impacto de la religión católica durante la Primera Cruzada, entre los siglos XI a XIII. Presentar una tesis de esta temática podía parecer una osadía, teniendo en cuenta que el evaluador era una eminencia en el tema, pero todo el estudio aparentaba estar muy bien documentado.

En uno de los capítulos del trabajo se refería la conquista católica de las tierras del Califato Fatimí, que había gobernado el norte de África durante varios siglos. Aludía el hecho de que las tropas habían saqueado los tesoros más importantes del templo de Jerusalén antes de su destrucción, en un acto más de provocación a los cristianos y judíos que sufrían la persecución de la última dinastía del Califato. La historia era fascinante pero Malluck sabía que no existía prueba escrita alguna de que se hubiesen expoliado tesoros mayores durante el saqueo de la Iglesia del Santo Sepulcro, de hecho siempre se ha considerado que cuando el templo fue destruido por el rey babilónico Nabucodonosor II, los Levitas —seguidores de Leví— ya habían puesto todos los tesoros a buen recaudo, incluso se especula que estos mismos podrían haberlos escondido en algún lugar secreto de Judea. No existía ninguna conexión en todo ello que pudiera aseverar que las tropas habían saqueado los tesoros del Templo, por lo que la veracidad de lo escrito por el alumno estaba en tela de juicio. Revisó la bibliografía que aportaba la tesis para juzgar por él mismo cada uno de los detalles que recogían el trabajo. La mayoría de los libros que aparecían en la bibliografía los había leído en la biblioteca de la Universidad, incluso tenía algún que otro ejemplar en sus anaqueles particulares. Le llamó la atención que en una de las reseñas de consulta, citaba otras fuentes

—«La Morada de los Testimonios»—, sin especificar detalles editoriales ni su autoría.

Malluck decidió llamar por teléfono a Hugo di Bella para poder tener acceso al libro en cuestión para poder consultar su contenido, así que se puso en contacto con la Universidad para solicitar el teléfono del alumno y lo llamó.

—¿Hugo?

—¿Sí?

—Soy David Malluck, tu profesor de Historia.

—¡Profesor Malluck, estoy realmente sorprendido! ¿En qué puedo ayudarle? —balbuceó producto de la incredulidad.

—Hijo, estoy leyendo tu tesis, realmente es un trabajo extraordinario, revela datos muy concretos de la historia y todo está muy bien estructurado, pero hay una cosa que quisiera verificar, pero no puedo hacerlo porque desconozco el autor y el paradero del libro que mencionas. Me gustaría poderlo leer detenidamente antes de poner nota a tu excelente trabajo.

Hugo restó en silencio varios segundos, dubitativo en responder, hasta que repuso:

—Profesor, este libro pertenece a mi familia y está en la biblioteca particular de mi abuelo. Es un incunable manuscrito en hebreo en el siglo XIV que ha pertenecido a mi familia durante muchas generaciones. Si está interesado puede venir a verlo.

—¿Un manuscrito en hebreo del siglo XIV en tu casa?

—Eso es...

—Por favor Hugo, ¿me tomas el pelo?

—No señor, lo tengo en mi casa.

Ahora fue Malluck quien se quedó en silencio, digiriendo su perplejidad y sumido en el palpito de todo historiador al encontrarse con un hallazgo de semejante magnitud.

—Hugo... ¿Te importa si voy ahora mismo a tu casa?

—No señor, venga cuando quiera, mi casa está en Via delle Terme di Tito, 66. Es un edificio de color verdoso con

la puerta...

—Vengo ahora mismo —interrumpió el profesor, colgando el aparato enérgicamente.

—¿Profesor Malluck? Ha colgado...



Malluck cogió su abrigo y salió de casa a toda prisa, sin tan siquiera peinar su ridícula cabellera blanca. Tranqueando por su cojera y aspeando sus brazos con evidente histeria, hizo señas a un taxi que ascendía calle arriba hasta apoyarse en el capó y así asegurarse de que este paraba.

Hugo vivía a pocas calles del Coliseo, cerca del recinto histórico de Roma, por lo que el profesor tuvo que apearse del taxi varias calles antes, para poder sortear con máxima celeridad las hileras de autocares de turistas que bloqueaban el acceso de los vehículos particulares a la zona histórica.

Al llegar a la casa, presionó el timbre con insistencia varias veces. A los pocos segundos la puerta se abrió y tras ella apareció Hugo.

El muchacho, siempre había sido uno de los mejores estudiantes de su curso y su profunda curiosidad por la ciencia y la historia le había hecho merecedor de diversas menciones académicas. Lejos de despertar envidias entre sus compañeros, Hugo estaba muy bien considerado entre su entorno por su sencillez, por su sentido del humor y su buen gusto por la moda. Solía vestir a la última, con ropa de las mejores marcas, toda ella combinada con muy buen gusto. Provenía de una familia que había vivido en la abundancia durante varios siglos, hasta que durante la Segunda Guerra Mundial, su patrimonio se fue viendo disminuido paulatinamente. Sus padres, influenciados por una estricta educación católica profesaban su convicción religiosa con devoción; no obstante, Hugo, todo y profesar unas profundas creencias, desde hacía un tiempo había conciliado ese

dogmatismo familiar con la historia conocida, llegando a suscitar alguna discusión familiar por poner en tela de juicio algunos aspectos de la religión católica.

—¡Buenas tardes Profesor, pase, pase! —Hugo abría la puerta de su casa, tras la que esperaba Malluck.

—Gracias Hugo. Muchacho, espero que lo que tienes ahí dentro sea realmente lo que me has descrito porque estoy sumamente excitado por conocer semejante ejemplar.

Hugo sonrió a la vez que tomaba el abrigo de su invitado y lo colgaba en un elegante perchero de la entrada. Malluck, como en él era habitual, llevaba puesto un traje gris claro abotonado, desafiando la resistencia de las costuras. No era un hombre excesivamente grueso, pero con el paso de los años su cuerpo había ido cogiendo kilos, aunque su vestuario continuaba siendo el mismo que usaba veinte años atrás. Sus mejillas se mostraban sonrojadas por el efecto del frío, sobresaltando su blanquecina tez.

Con un gesto de su mano, Hugo le invitó a seguirle y recorrieron el pasillo hasta llegar al final de este. Unas enormes puertas presidían la entrada a una magnífica biblioteca. Malluck tapó su boca con la mano a modo de sorpresa, deleitándose con la gran cantidad de libros que descansaban en perfecto orden y pulcritud en cada una de las cuatro librerías que rodeaban la habitación. En el centro de la sala se asentaba una recia mesa de madera y en uno de sus laterales sobresalía una urna cuadrada de cristal en cuyo interior había un enorme libro.

Malluck lo señaló con el dedo y Hugo movió la cabeza asintiendo. El viejo catedrático se acercó a la urna y enderezó sus gafas.

—¡Cielo Santo, es impresionante! ¿De dónde ha salido?

—La historia es un poco extraña... —contestó Hugo.

—¡Y tan extraña ha de ser! Esta obra de arte tendría que hacerse pública y debería ser estudiada detenidamente. ¿Sabes la cantidad de conclusiones e información que se puede sacar de un libro como este? —Malluck iba dando

vueltas en torno al libro, examinándolo desde todos los ángulos posibles.

—Lo sé, lo sé profesor, pero lamentablemente este libro no puede salir de esta habitación.

Malluck se giró hacia su interlocutor y aguantando la montura de sus gafas con varios dedos para regular el enfoque, preguntó:

—¿Qué quiere decir que el libro no puede salir de esta habitación?

El muchacho envolvió su prominente y afilado mentón con una mano, mientras que con la otra jugueteaba con su atezado y rizado pelo. Sopesaba la manera de explicar a su interlocutor los motivos por los cuales el incunable no podía salir de la casa. Tras inspirar en firme respingo, el desgarrado estudiante se acercó a su maestro y tras frotar sus huesudas manos inició la explicación de los inconvenientes y peligros que albergaba el libro.

—Mire Profesor, hace más de cien años, mi bisabuelo trabajaba de conservador de patrimonio en la biblioteca de El Vaticano. Custodiaba varios millares de libros catalogados y conocía la existencia de otros centenares de ejemplares que formaban parte de lo que se llamaba la «*Quarentenam*». Por lo que sabía mi familia, la *Quarentenam*, que significa cuarentena, era una colección de libros que no habían sido catalogados. Alguno de ellos estaba incluido en el *Index Librorum Prohibitorum* de la Sagrada Congregación de la Inquisición. Según me contó mi abuelo, su padre llegó un día a casa totalmente espantado, sin apenas aliento y con este libro bajo la chaqueta. Mi bisabuelo le contó que tras la muerte del Papa León XIII, durante los días en que el Cónclave se reunía para decidir el color de la fumata, justo antes de que Pío X fuese elegido como nuevo pontífice, había recibido la visita de un cardenal que ocupaba la Presidencia de Estado en esa época y este le había ordenado que quemara este libro. Mi bisabuelo, consternado por tal atrocidad, arrancó las cubiertas

del ejemplar original y las encoló a un montón de periódicos que hicieron de relleno. Cuando mi bisabuelo bajó al patio donde le había citado el cardenal, este le esperaba ante una hoguera. Mi ascendiente mostró el libro en alto y lo depositó en la pira ardiente. A los pocos minutos el libro, o mejor dicho, las cubiertas del libro se habían carbonizado por completo y el cardenal nunca supo que el contenido había sido salvado de las llamas. Ese mismo día, al acabar su jornada laboral, escondió el libro en su espalda, camuflándolo con su chaqueta y se lo llevó a casa. Desde ese día el libro preside la biblioteca familiar. ¿Entiende ahora por qué no puede salir de aquí? Si la Iglesia lo quiso destruir una vez puede volver a intentarlo...

—¿De qué magnitud deben ser los secretos que esconden este libro? Necesito examinarlo. ¿Me permites?

Hugo asintió con la cabeza, abrió un cajón y extrajo una caja de guantes de nitrilo y una pala ancha de madera, ofreciéndoselo a su invitado. Este se puso los guantes y empezó a hojear el misterioso ejemplar con detallada atención con la ayuda de la pala.

—¡Qué maravilla, es realmente extraordinario! La escritura está bastante deteriorada, pero las ilustraciones conservan los tintes prácticamente intactos. ¿Se sabe de qué año es?

—Según me dijo mi abuelo, puede ser de finales del siglo XIV, prácticamente un siglo antes del nacimiento de la imprenta. Llegó al Vaticano en 1592 procedente del Castillo de Rosslyn, tras salvarse de un incendio. Parece ser que un capellán lo salvó lanzándolo por una de las ventanas que daban a los jardines.

—¿Has dicho del Castillo de Rosslyn? —le interrumpió.

—Sí, eso me dijo mi abuelo.

—¡Santo cielo! El Castillo de Rosslyn era una propiedad de la familia Saint Claire. Este castillo y su capilla son un verdadero paradigma de misterios y secretos. Durante muchos años fue uno de los principales centros de operacio-

nes de la masonería y de los caballeros templarios. Fue considerado como el mayor scriptorium medieval, donde se transcribían y traducían libros antiguos, muchos de ellos incautados por media Europa y parte del Medio Oriente durante las últimas cruzadas. ¡Cada vez que investigo alguna cosa, se me cruza en el camino la familia Saint Claire y el dichoso Castillo de Rosslyn! ¿Sabías que existen diferentes teorías que afirman que en alguna parte, bajo la capilla de Rosslyn se esconden los tesoros más buscados del mundo?

—¿A qué tesoros se refiere Profesor Malluck?

—Tesoros a los que la humanidad nunca ha tenido acceso. Los tesoros a los que te refieres en tu tesis, los que presuntamente los levitas pusieron a buen recaudo.

—¿Pero qué tipo de tesoros son, oro, arte, documentos...?

Malluck dejó el libro por un instante y cogió a su pupilo por los hombros y lo zarandeó levemente.

—Hugo, estoy hablando de los Evangelios Perdidos de Cristo, el Santo Grial, el Arca Perdida de la Alianza que contiene las Tablas de la Ley, el tesoro de los Caballeros Templarios, o lo que parece más increíble, la cabeza embalsamada de Cristo.

Se giró de nuevo y continuó estudiando el libro, mascullando entre dientes expresiones onomatopéyicas. Sus dedos recorrían cada una de las páginas con sumo cuidado, hasta que de golpe frenó su mano y el dedo quedó inmóvil sobre una de las ilustraciones. Se giró y con un ademán, pidió a Hugo que se acercara.

—¿Ves esto? ¿Sabes que representa?

—Parece el saqueo del Templo de Jerusalén, aunque podrían ser también los Levitas cuando salvaron los tesoros mayores del Templo.

—Y otra vez nos encontramos con la palabra tesoros ¡Y ahora no vuelvas a hablarme de arte ni de oro! —y agregó con euforia—: ¡Chico!, ¿lo ves? Los tesoros que están car-

gando pueden ser los mismos que se especula que estén en la Capilla de Rosslyn.

—¿Y hacia dónde trasladaron estos tesoros? ¿Se ha sabido alguna vez? —se interesó Hugo.

—Pues no lo sé, porque esta última ilustración me tiene totalmente desorientado. Son Levitas que están transportando el Arca Perdida de la Alianza desde el Templo de Jerusalén, pero... ¿A dónde? Esta litografía que está dibujada en el libro nos muestra una colina, con lo que parecen ser los restos de una ciudad fortificada.

—Profesor, puede tratarse de la antigua muralla de Jericó, que había sido derribada con el sonido de las trompetas varios siglos antes.

—Sí, podría ser. ¿Pero qué sentido tiene transportar algo tan importante a un bastión hundido años atrás? De todos modos, también es cierto que el Arca había estado en Jericó durante años, antes que el Rey David la instalara en el Templo de Jerusalén. Aunque..., espera un momento.

Malluck ajustó de nuevo sus gafas y se acercó más a la última ilustración, de repente, irguió la espalda y levantó las manos.

—¡Sí, Hugo es Jericó! Mira estas montañas. ¿Las reconoces?

Hugo frunció su mirada pero fue incapaz de dar respuesta.

—Es el Monte de las Tentaciones, el Jebel Qarantal. Un monte lleno de resquicios y cuevas, capaz de esconder todos los tesoros.

—¡Es fascinante Profesor! ¿Conoce ese monte?

—Por supuesto que lo conozco, viajé a la zona hace cuarenta años. Estuve estudiando por esas tierras durante un par de meses, es una ciudad maravillosa. Residí durante ese tiempo en un monasterio ortodoxo-griego que queda suspendido en la ladera del monte y desde el cual se puede avistar toda la ciudad de Jericó.

—Entonces Profesor, ¿quiere decir esto que el libro es un jeroglífico o una especie de mapa del tesoro?

—No lo sé, solamente hemos encajado unas cuantas piezas. De todos modos, si estamos en lo cierto, el libro nos puede decir que los tesoros estaban ahí en el siglo XV. Eso no quiere decir que aún estén allí. Han pasado cinco siglos y pueden haber sido trasladados varias veces. De hecho cobraría sentido la leyenda de la capilla de Rosslyn. Ten en cuenta que Jericó estuvo sepultado durante varios siglos, hasta que se realizó la primera excavación a primeros del siglo XX por una expedición alemana.

—Entonces los levitas de los siglos XV o XVI pudieron haberla trasladado a cualquier sitio —intervino Hugo.

—Si es así no creo que fueran propiamente los Levitas. Muchos siglos antes, los seguidores de Leví se fueron disgregando en diferentes ramas, con el tiempo cada vez menos activas. La Orden de los Pobres Caballeros Templarios de Cristo surgió en el siglo XII y muchos de sus integrantes bien podrían haber sido sucesores de los antiguos Levitas, aunque no podría asegurarlo; pero lo que es cierto es que continuaron con la guardia y custodia de los tesoros. En cualquier momento de la historia los Templarios pudieron esconder los tesoros en algún lugar seguro. Ellos o...

Malluck se quedó callado, miró al techo a la vez que repicaba la pala de lectura contra su mano, sumido en pensamientos. Hugo le observaba circunspecto, expectante por la próxima lección de historia hasta que agotada su espera rompió el silencio.

—¿A quién se refiere con «ellos»?

—«Ellos» son los MASONES querido Hugo, la gran Logia. Una de las principales obsesiones de los Templarios fue la construcción de iglesias por toda Europa y Tierra Santa, y su historia se cruzó con la de los MASONES, cuyas logias estaban muy vinculadas a la construcción, entre otras cosas por su ideal primordial.